

vez bajan al pié del fianco escarpado que habitan, y cuando lo hacen, solo es con el objeto de ir á visitar algun campo. En estas excursiones encuentran á veces á los hamadrias, y entonces comienza una verdadera refriega entre ambos ejércitos, siendo de creer que se aborrecen recíprocamente pues se precipitan unos sobre otros con increíble rabia. Sin embargo, el combate no llega nunca á ser muy formal: es mas bien una escaramuza; los geladas y los hamadrias lanzan gritos terribles; los primeros hacen rodar grandes piedras sobre sus enemigos y estos tratan de evitarlas, mientras que algunos machos viejos se arrojan sobre sus adversarios con

objeto de luchar cuerpo á cuerpo. Unos y otros se tiran con fuerza de la crin, y algunas veces se muerden, pero en general todo se reduce á gritos y á furiosas miradas. Estas luchas tienen un especial atractivo para el observador.

Debemos á Heuglin una excelente descripción sobre la vida del *tocur sindschero*. «Este mono habita en numerosas familias las cuevas y las grutas de las pendientes escabrosas; se le ve regularmente á ciertas horas del día en las cimas de dichas pendientes, teniendo á sus piés profundísimos abismos.

»Cuando tras una noche fría, sale el sol por las montañas de Amba Sel, estos monos salen de sus cuevas donde, amon-

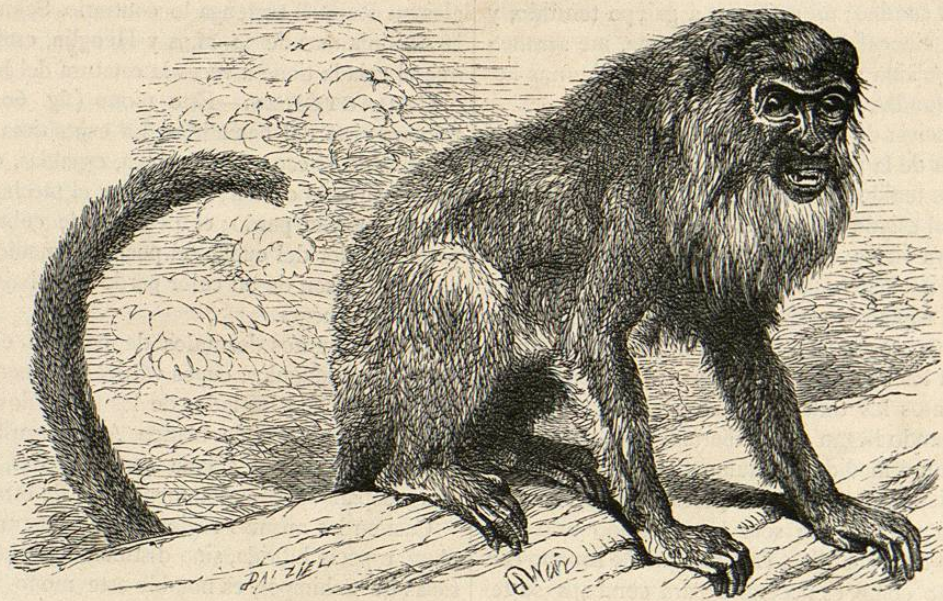


Fig. 71.—EL AULLADOR URSON O ARAGUATO

tonados unos sobre otros, han descansado, seguros de no ser acometidos por leopardos y hienas. Lentamente y como arreidos de frío, suben, dirigidos por machos viejos, á un llano de la roca, al abrigo del viento, para calentarse. Allí se ponen de ordinario, arrimados unos á otros, los hijos al pié de las madres y allí echan tal vez otro sueño. Algunos de los machos viejos se ponen de centinela; parece, sin embargo, que les fastidia este servicio, pues abren bostezando su horrorosa boca, se refriegan los ojos y gruñen cuando algun fuerte golpe de viento pone en desorden las puntas rojas de la larga crin en que se envuelve el animal como en un manto. Apenas se siente algo mas el calor del sol desperézase una vieja mona, otra examina el pelaje de su vástago, única esperanza de su padre, y mata, rechinando los dientes, ciertos parásitos que allí ha descubierto. Al fin se ponen en movimiento, formando una línea, al frente de la cual va un jeque venerable y á la retaguardia otro anciano. En este orden atraviesan estrechísimos y horizontales caminos á lo largo del abismo, hasta llegar á un desfiladero cubierto de arbustos. Desde allí corre un sendero siempre descendente, hasta una verde pradera rodeada de rocas. Mas, antes de entrar en ella, la examinan con gran precaucion; por lo regular hay ya allí otras manadas de la vecindad que se pasean sin temor. Despues de haber puesto varios centinelas, toda la muchedumbre empieza á buscar su alimento, que consiste principalmente en botones, hojas, frutos y trigo. Pero tambien revuelven grandes piedras y si uno no puede hacerlo solo, le ayudan sus camaradas; pues debajo de las piedras hay gusanos, larvas gordas, moscas y caracoles, manjares que no desprecian de ningun modo. En medio de todo esto juegan los machos jóvenes, dan graciosos saltos provocándose y ator-

mentando á sí y á sus padres; estos últimos les castigan dándoles bofetones, los muerden ó los tiran de la cola. Con insolente cortesía se acerca sonriendo un presumido á una amable mona; esta le vuelve castamente y con mucho decoro las espaldas. El enamorado se hace importuno; el marido legitimo advierte la situacion: resultan golpes y gritos y el amante se declara en vergonzosa huida. Si un peligro amenaza, los centinelas dan el grito de alarma ladrando; cada tribu se reúne alrededor de su jefe, las madres recogen cuidadosamente sus hijuelos, y todos observan con atencion al enemigo. Pónese la manada lentamente en marcha hácia las rocas, donde no temen el peligro, parándose de tiempo en tiempo para mirar á su adversario.

»He probado á azuzarles perros que alcanzan muy fácilmente á la manada, mas no trababan nunca de combatir cuando los monos viejos hacían preparativos para atacarlos y les enseñaban su respetable dentadura. Perseguidos hasta las rocas, los monos tiran ó hacen rodar no pocas veces, piedras sobre sus enemigos. En el suelo llano, estos animales andan comunmente á cuatro patas, pero á veces tambien se ponen de pié apoyándose en su fuerte cola. Nunca los he visto subidos á grandes árboles. Una manada se compone generalmente de veinte á treinta individuos, entre ellos varios machos viejos; en sus grandes expediciones, empero, se reúnen á veces bastantes centenares y emprenden viajes de muchísimas leguas. Beben á las cuatro de la tarde; en las fuentes no son tímidos y se acercan á los hombres y al ganado, muchas veces hasta pocos pasos de distancia. A la puesta del sol vuelven siempre al mismo sitio para dormir. Las águilas cafres, los buitres y los leopardos son los principales enemigos de este mono.»

## LOS MANDRILES Ó MORMONES —MORMON

No sin razon separamos los mas horrorosos de todos los cinocéfalos, que hasta ahora conocemos, de los otros, pues unos y otros se distinguen esencialmente. Tan solo en el tronco aparece aun la estructura congénica, sobre todo el cráneo es disformemente grande; los ojos muy pequeños y poco

distantes uno del otro; los huesos superciliares se levantan en forma de listón sobre los dos lados de la nariz; tienen una especie de bolsas, formadas de una piel muy dura, casi callosa, y que son susceptibles de inflarse. Las extremidades son muy fuertes; la cola es muy corta; las callosidades se extienden sobre la region isquiática. Su cuerpo está cubierto de una manera bastante rara; el pelo es un poco mas largo en el occipucio y en la nuca; tienen, al menos una especie, una perilla terminada en punta con vivísimos colores.

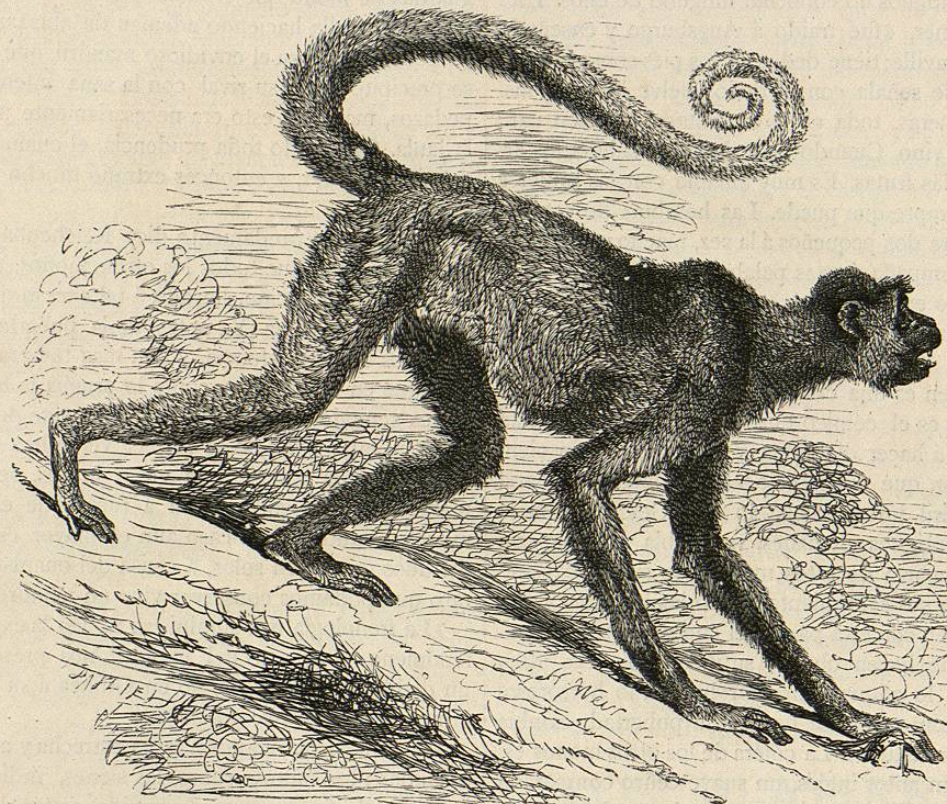


Fig. 72.—EL ATELES COAITA

**DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.**—Las dos especies de babuinos que forman este subgénero, viven en el Africa Occidental, y hace ya tres siglos que de allí las traen á Europa.

### EL MANDRIL Ó MORMON — MORMON MAIMON

**CARACTÉRES.**—Hemos considerado al guereza como el mas hermoso de todos los monos, y por las mismas razones podemos decir que el mandril es el mas feo; es un animal verdaderamente repugnante por todos estilos, y su inteligencia se halla en perfecta armonía con su cuerpo (fig. 61).

El cuerpo del mandril es robusto y fornido, la cabeza hiedonda y los dientes muy temibles; tiene el pelo rígido y erizado, y el color de las partes desnudas es asqueroso. El pelaje se distingue por su color pardo oscuro, con tintes de un verde aceitunado; cada pelo está anillado de negro y verde; los del vientre son blanquicos, los del costado de un pardo claro, y los que cubren la barba, amarillo de limon, apareciendo detrás de las orejas una mancha de color blanco ó gris. La cara y las nalgas son asimismo repugnantes; la nariz tiene un color rojo vivo, y el hocico, desnudo y rodeado de una masa de tejido erectil que forma surcos, es de un pardo claro. La region anal es roja, y las callosidades, excesivamente desarrolladas, presentan un color azul y rojo subido, mientras que las orejas y las manos son amarillas.

TOMO I

Los machos viejos tienen 1 metro y mas de longitud por 0<sup>m</sup>,60 de altura; la cola mide apenas 0<sup>m</sup>,03.

### EL DRIL — MORMON LEUCOPHÆUS

**CARACTÉRES.**—El dril (fig. 62) es un poco mas pequeño; su pelaje es pardo aceitunado en las partes superiores y en las inferiores é internas de las extremidades, blanquico; las callosidades y el escroto son de color rojo muy subido. La longitud del adulto es de 0<sup>m</sup>,85 á 0<sup>m</sup>,90; la altura hasta las espaldas de 0<sup>m</sup>,55 á 0<sup>m</sup>,60; la longitud de la cola de 0<sup>m</sup>,08 á 0<sup>m</sup>,09.

**USOS Y COSTUMBRES.**—Es bastante extraño que no sepamos nada de seguro sobre la vida, en estado salvaje, de estos dos monos, conocidos tantos años hace en estado doméstico. Ambas especies tienen su origen en la costa de Guinea y nos las traen generalmente de la Costa de Oro. Las dos especies habitan, segun se dice, ya sea en bosques montañosos, ya sea entre las rocas, ó ya en los árboles; pero dejan no pocas veces su sitio para visitar las colonias vecinas y saquear todo lo que se les antoja. Tambien se dice que las manadas de estos animales invaden los pueblos y maltratan á las mujeres y niños de los negros, en ausencia de estos. Los indígenas temen al mandril mas que al leon; no aceptan nunca la lucha con él y hasta se abstienen de entrar en los bosques habitados por el mismo, á no ser que los hombres, en gran



número y provistos de buenas armas, emprendan una cruzada formal contra estos enemigos. Cuánta verdad haya en estas noticias, que de una historia natural pasan á la otra, no se puede decidir; segun mi opinion, no serán del todo inverosímiles. Admira, sin embargo, que los negros cojan tantos de estos temidos animales y los vendan á los marinos.

Si bien estos monos no son de ninguna manera raros en nuestros mercados, se nota sin embargo que el mandril y el dril aparecen hoy en número muy inferior al de otros tiempos, y en especial el primero que abundaba siempre mas que el segundo. Los antiguos no conocian ninguno de ellos. Este animal, dice Gessner, «fué traído á Augsburgo y enseñado allí como una maravilla; tiene dedos en los pies como el hombre, y cuando se le señala con el dedo vuelve las espaldas. Come manzanas, peras, toda clase de frutas y tambien pan; le gusta mucho el vino. Cuando tiene hambre sube á los árboles y hace caer las frutas. Es muy amable con las mujeres y lo demuestra siempre que puede. Las hembras de esta especie paren siempre dos pequeños á la vez, macho y hembra.» La lámina que acompaña á estas palabras representa al mandril en el momento en que vuelve las espaldas, y le figura de tal manera que no se puede dudar de qué animal se trata.

Un mandril jóven es una criatura graciosísima; en medio de sus hermanos, es el cómico que mas se distingue; está siempre dispuesto á hacer diabluras, y á pesar de su insolencia, su buen humor, que nunca se acaba, su locura y alegría agradan. El mandril jóven prueba lo que Gessner, con la franqueza de los antiguos alemanes, nos habia ya dicho con respecto á la indecencia de estos monos; se sirven del ano como intérprete de sus sentimientos; pero las posturas y movimientos que hacen con esta parte del cuerpo son tan cómicos é inocentes que hacen olvidar su inconveniencia. Bien pronto desaparece lo cómico para dar lugar á lo horroroso; pues este mono, aun antes de llegar á la pubertad, cambia completamente sus instintos. La cólera de los otros monos es, tal como expresa un autor inglés, un suave céfiro comparada con la rabia del mandril, la cual se parece á una de esas terribles tempestades ecuatoriales que todo lo echan por tierra y destruyen. Tan grande es su irascibilidad como su impudicia; para describir esta me faltan palabras. «Sus gritos, su mirada y su voz, dice Cuvier, indican una indecencia completamente bestial. De la manera mas desvergonzada satisface sus inmundos deseos; parece que la naturaleza ha querido crear en él el tipo del vicio en toda su hediondez.» Todo lo que hemos descrito respecto al hamadrias y otros cinocéfalos, en cuanto á sus costumbres licenciosas, es nada comparado con los gestos indecentes del mandril. Sus pasiones no conocen límites; si se irrita, apodérase de él una excitación terrible; todo lo olvida y se precipita como un loco sobre sus enemigos; los ojos de este mónstruo despiden rayos que parecen encerrar en sí las fuerzas reunidas del Averno. En estos momentos no piensa en otra cosa sino en destrozár á su enemigo, sin reparar en ningun obstáculo; el látigo y el arma blanca son impotentes; su manera de atacar no demuestra valor ó atrevimiento, sino locura. El mandril es el animal que los guardianes temen mas; el leon y el tigre son mansos corderos comparados con él, porque estos al menos se pueden domar; los hamadrias y los otros babuinos, en parangon con él, puede decirse que son dóciles como niños recién nacidos; su sensualismo corre parejas con su irritabilidad.

El anciano Gessner tiene razon cuando dice que los ataques lascivos de este mono no se dirigen únicamente á las hembras de su especie, sino tambien á las mujeres. El mandril en cautividad, no solo demuestra su inclinación hácia estas, sino que llega hasta el caso de volverse celoso del

hombre que en su presencia las acaricia; se pone rabioso y por mucho tiempo le guarda rencor.

En el Jardín de Plantas de Paris se utilizó esta circunstancia para hacer entrar en su jaula á un mandril que se habia escapado y hacia grandes destrozos. Todos los medios intentados para llevarle amistosamente fueron inútiles, y habia herido ya á varios guardas, cuando á uno de estos se le ocurrió cogerle por su flaco y aprovechar su pasión celosa para hacerle entrar en la jaula. En el fondo de esta habia una puertecilla; detrás de la cual se colocó la hija de uno de los guardas de modo que el mono pudiese verla, y otro hombre se acercó á ella haciendo ademán de abrazarla. Aquello era ya demasiado para el envidioso mandril, que ardiendo en ira, se precipitó sobre su rival con la sana intención de hacerle pedazos, mas para esto era necesariamente preciso entrar en la jaula. Olvidando toda prudencia, el enamorado mono penetró sin vacilar, y entonces extrañó mucho verse cogido en el lazo.

Con sobrado fundamento dice Reichenbach «que el mandril, lo mismo que todos los otros monos, sobresale por su deseo de propagación, llevado á tal exceso que es causa casi siempre de su ruina. Ya antes de la pubertad, tal vez á los dos años de su existencia, y aun mas temprano en las hembras que en los machos, como lo prueba la hinchazón de las partes genitales de aquellas, se revela este deseo; y como en tan temprana edad no se verifica verdadera cópula, los individuos de esta especie que viven juntos, se excitan de tal manera que se enflaquecen á fuerza de excesos y pronto mueren; dándose este caso aun en mayor escala con los individuos que viven solos, á causa del onanismo. Por esto es raro que podamos conservar vivo un mandril jóven.

»La frenología nos suministra tal vez la explicación de este fenómeno: el aspecto del mandril nos presenta el ideal de un diablo, y por eso recibió en Guinea á su descubrimiento el nombre de *Diablo del bosque*.

»La cabeza del mandril, larga, estrecha y aplastada, denota liviandad; los bultos, sobre las sienas, indican un carácter irascible; la frente muy deprimida, es señal evidente de la carencia de todo sentimiento noble, á la par que expresa la fiera y crueldad llevadas á su mas alto grado; en sus pequeños ojos casi unidos, se ven retratadas la astucia y la malicia; las dimensiones desproporcionadas de la parte inferior de la cara patentizan una sensualidad sin límites. Se ve por la descripción frenológica que acabamos de hacer, que las partes físicas del animal están en perfecta relación con sus cualidades morales, y que las costumbres del mismo se convierten en feos vicios y completan la caricatura del demonio personificado de que nos habla Gessner.

»Si adquirimos un mandril jóven, sus juegos alegres, el color de su pelo, sus movimientos y su continuo buen humor, nos divierten algun tiempo; pero pronto se nota un cambio radical. La soledad produce en él aquella excitación *contra natura* de que ya hemos hecho mención; la debilidad que de ella proviene pone al mandril de mal humor; cesan sus movimientos, excepcion hecha del que destruye y apura todo su organismo; pasado bien poco tiempo, no se le ve sino sentado, quieto, con el espinazo encorvado, la cabeza pendiente y apoyándose contra la pared ó algun árbol; no acepta alimento alguno y de día en día se pone mas flaco; por fin, ya no puede estar sentado y busca la posición horizontal, en la que, sin perder el amor al vicio, agota los últimos restos de su fuerza, y muere miserablemente. Tal es la suerte de casi todos los mandriles jóvenes que han sido llevados á las colecciones zoológicas, y por eso raras veces hemos visto un mandril adulto en estos sitios.»

No podemos negar que esta explicación de Reichenbach

tiene mucho de verdadera, ó al menos de verosímil; en todo caso, considero perfectamente justas las suposiciones de las cuales el naturalista observador ha sacado las consecuencias expuestas. Hay sin embargo algunas excepciones; refiere Jardine que vió un mandril adulto muy manso y que obedecía siempre á su guardian; siendo, empero, irascible, como todos los de su especie, con personas extrañas. «Este mandril, dice nuestro naturalista, aprendió entre otras cosas á beber aguardiente y á fumar tabaco; lo primero lo hacia con mucho gusto; y á lo segundo se le obligaba prometiéndole su bebida predilecta. Habia en su jaula un pequeño sillón, en el cual se sentaba con mucha dignidad, esperando las órdenes de su guardian. Ejecutaba todos sus movimientos lentamente y con circunspección. Cuando el guardian le daba la pipa encendida, el mono la miraba tocándola antes de ponérsela en la boca, para convencerse de que efectivamente ardía; despues introducía en la misma todo el cañon y chupaba sin que por algun tiempo se viese salir el humo, y esto porque debian llenarse primero sus bolsas laringeas y su espaciosa boca; soplabá despues con fuerza y el humo salía, ya por esta, ya por la nariz, y hasta algunas veces por las orejas; y concluía comunmente este juego con beber una copa de aguardiente mezclado con agua.»

Uno de los mandriles mas célebres vivió en Inglaterra en las mejores condiciones; era muy conocido con el nombre de «Juan el feliz;» su cadáver sirve hoy de ornamento del «Museo británico.» Este animal tuvo varias veces el alto honor de ser convidado á comer con la familia real; en una palabra, fué, como dice un naturalista inglés, tan feliz como puede serlo un babuino.

He visitado hace pocos dias á un mandril tambien muy célebre; el grande artista del teatro de monos del señor Broekmann, quien lo tiene en su poder hace ya 16 años, y está tan manso y bien enseñado cuanto puede serlo un mono; sin embargo, se muestra tambien irascible con las personas extrañas; con su amo es muy dócil; cuando quiere expresar su cólera, sacude con toda su fuerza las barras de su jaula, como lo hacen los babuinos; á pesar de eso, Broekmann puede sin peligro cogerle por el collar, sacarle de su jaula y hacerle trabajar en seguida.»

Dice Reichenbach, hombre muy experimentado en la domesticación de los animales, y que tambien conoce al mandril, que «esta especie de monos no puede vivir sino en libertad, y que en el estado doméstico muere muy pronto; preguntaremos, pues, ¿por qué ha sido posible á Broekmann criar tan felizmente dos mandriles y mantenerlos sanos y robustos? La contestación sería que, así como en el género humano, iguales circunstancias producen efectos iguales. Los numerosos falderos del antiguo tiempo representaban con su pereza y continua sobreexcitación las caricaturas del carácter del perro; mientras que aquellos á quienes se obligaba á trabajar, eran el verdadero tipo del género canino. Lo mismo sucede con uno de los mas rudos y feroces monos. Tambien en el mandril los bajos instintos y torpes deseos que podrian destruir su organismo, desaparecieron cuando el hombre le sacó del cenagal vicioso que le hubiera conducido á su total ruina, haciendo despertar con la educación, enseñanza y trabajo las facultades mas nobles que en él existian y el primer rasgo de actividad que mantuvieron al animal en una continua ocupación. El medio mas seguro para refrenar los bajos instintos de los animales y para evitar que estos se apoderen completamente del cuerpo, causando su perdición, es el de despertar en todos los seres una gran actividad espiritual, único y verdadero sentido de la dignidad esencial y necesaria á la vida orgánica, cuya base es el progreso continuo de los nobles sentimientos.»

Estoy completamente de acuerdo con estas palabras y las defiendo aun contra aquellos que no ven en el animal sino una máquina que trabaja sin conocimiento, dirigida por una mano superior y que se mueve por una fuerza inexplicable. No cabe duda que el trabajo ha educado al mandril de Broekmann y le ha hecho lo que es ahora, es decir, el miembro mas excelente de su especie; un mandril como ha habido muy pocos hasta el dia. Es menester ver á este animal como yo lo he visto en la jaula, detrás de bastidores y en la escena para poderle apreciar debidamente; es menester haber escuchado una conversacion entre él y su amo para comprender qué prodigios puede operar la educación, aun en un sér tan feroz y en apariencia tan incorregible.

Broekmann trata á su mandril como á un amigo; los dos se han acostumbrado uno al otro, y se comprenden mutuamente, inclinándose el animal educado ante la ciencia de su maestro. No es necesario el castigo ni menos la amenaza; una mirada basta para hacerse obedecer; una buena palabra, afable, seria, hace volver en sí al mandril, cuando por rara casualidad torna á su carácter primitivo; este mandril trabaja con voluntad y con pleno conocimiento de lo que hace; sabe perfectamente si ha trabajado á gusto de su amo y se esfuerza para hacerlo siempre lo mejor que puede. Sale voluntariamente de su jaula, se sienta sobre su silla de vestir y ayuda á su camarero, tomando las posiciones necesarias para ello: se presenta con orgullo en la escena, los aplausos le causan alegría, mientras que los silbidos le disgustan. Si hablásemos de un animal bueno y manso por naturaleza, todo esto nada significaría; mas tratándose de un mandril, es la prueba mas extraordinaria de lo que puede la educación. Por esto considero una visita hecha á este teatro de monos tan instructiva, si no mas, como el asistir á una conferencia de ciertos geólogos que forman juicios temerarios sobre el sér espiritual de los animales, sin conocer de estos mas que las pieles disecadas que han visto en los museos.

## LOS PLATIRRINOS— PLATYRRHINÆ

Existe entre las fáunas de las zonas cálidas del antiguo y del nuevo continente una diferencia muy notable: el hemisferio occidental se distingue siempre del oriental, y en el Nuevo Mundo nada se asemeja al antiguo. Apenas si se ve por aquí ó por allá alguna cosa que lo recuerde, y aun esto no se observa sino en las regiones intertropicales que no forman ya parte de la América propiamente dicha. Estas regiones constituyen un mundo aparte: el suelo y el clima, la luz y el aire, las plantas y los animales, todo en fin, difiere de lo que se encuentra en el hemisferio oriental. Hé aquí por qué nos parece tan fabuloso y tan bello cuanto vemos, si pudiendo satisfacer nuestra afición á los viajes, vamos á visitar los países tropicales del oeste. El encanto de la novedad nos seduce, la riqueza de la vegetación nos deslumbra y olvidamos con facilidad las ventajitas de nuestro hemisferio.

Pero no producen el mismo efecto los animales que vamos á examinar ahora.

Los monos del Nuevo Mundo, es decir, los platirrinós, son seres bastante notables, pero en general no han guardado para sí la belleza; y es cosa digna de notar, que si son monos por la forma de su cuerpo y la organización de sus miembros, no se asemejan en nada por sus facultades intelectuales á los cuadrumanos del antiguo mundo. Todos ellos son mas torpes, mas perezosos, mas tristes, y tienen menos inteligencia que sus análogos del otro continente; son mas inofensivos, mas dóciles y pacíficos que estos; pero precisamente por lo